

Los cristos olvidados

Natividad Cepeda

Se ha ido quedando en la penumbra con los ojos cerrados sin que lo que hay junto a él le interese. Día tras día su voz se ha ido apagando como si le faltara aceite en el candil de su cuerpo gastado. Apenas si mira la luz del día cuando amanece y él está levantado, recorriendo el pasillo con pasos vacilantes. Tantea la puerta, la pared y quiere andar sin el bastón... Hay veces que consigue llegar a su sillón, a la cocina o al baño; otras veces se derrumba y cae como un cristo vencido y dolorido por el peso de la edad. Por los años que le han dejado los ojos cubiertos de noche impenetrable, vive esa noche oscura de la que nos habla Juan de la Cruz. Le preguntamos, todos le preguntamos por el pasado y todavía su memoria resucita pasajes vividos, momentos de ese viaje grandioso que es la vida. Mamá lo mira pesarosa y se le escapa una lágrima que oculta con su mirada entretenida en leer un libro o en ver programas televisivos de los que hacen preguntas. O mueve la cabeza impotente porque ya nada puede hacer por el compañero que ama por encima del tiempo, de las arrugas y la devastación inmisericorde de la vejez. Todos lo queremos. Hasta los pequeños biznietos se despiden del Yayo con un beso y él, con sus manos los acoge como si fueran preciosas y frágiles figuras de cristal de Murano. Nos duele a todos verlo tan débil. Y sabemos que no hay cuenta adelante y nos sigue doliendo como si tuviéramos una espina clavada en el centro del pecho.

regresen las aves cuando reverberen sus hojas. Y los árboles, al saludar a los que llegan de su largo viaje, preguntan por los que se quedaron en esa travesía. Pero duele verlo tan débil, tan caído en mitad del camino. Calvario y Gólgota de los seres humanos, tan soberbios, a veces, tan crueles y huecos como si nos tragáramos el mundo de un bocado, y el mundo sigue ahí cuando unos y otros nos vamos, y dejamos de ser números hábiles.

No entiendo muchas cosas y ni juzgo por qué suceden esos abandonos porque hay que vivir dejando en la cuneta el amor y la entrega. No lo entiendo. Y cuando en primavera desfilan las imágenes de los cristos sangrantes de madera o escayola, al mirar sus bellas esculturas me sigo preguntando qué hacemos con esos otros cristos que yacen olvidados. Aparcados en pulcras residencias, tan sólo porque no se murieron y llegaron a viejos. No entiendo cómo el tiempo,

tan escaso y veloz, se les niega a los que no tienen tiempo. Viejos que hasta es posible que algunos no amaran suficiente cuando eran muy jóvenes, aún así, no entiendo que si se tenga tiempo para ir y venir de un lado para otro buscando el agasajo, el goce, la prebenda de ser muy importantes y restar ese tiempo a los padres tan viejos. Lo he visto, lo veo y me sobran palabras cuando escucho, que antes son los compromisos, de cualquier índole, profesión y oficio. Si el dolor es verdad que santifica la vida, yo creo que todos los pecados cometidos se

perdonan cuando se llega a viejo y falla la energía.

Me duele, a todos nos lacera el verlo tan caído. Papá se nos marchita como una flor de invierno. Es como el quejido de la saeta que llora y se lamenta de la muerte y grita ante esa derrota que no puede impedir. Dolor de penitencia es verte reducido a depender de otros. Dolor de ser pequeños muñequitos de barro. Pasión de cada uno cuando la vida falta y las fuerzas son una tela manida que ya ni podemos zurcir. Cuando se cae mi padre y queda de rodillas sin poder levantarse, yo pienso en Jesucristo, hombre y Dios al tiempo, y si en Él no creyera, también le preguntaría por qué nos amó tanto. ¿Por qué, Señor, la vida es tan dura y nos pasa factura? Y creo que me responde, porque os amé más allá de la muerte. Ese es el misterio, amar y amar sin cansarnos de hacerlo. De darnos.

“Lo hermoso de esta tristeza es tenerlos en medio de la familia, como tienen los árboles los nidos sujetos a sus ramas sin hojas, sin caerse, esperando que al llegar la primavera regresen las aves cuando reverberen sus hojas. Y los árboles, al saludar a los que llegan de su largo viaje, preguntan por los que se quedaron en esa travesía”

Para todos nosotros, esta es la Pasión; la que vivimos y no, nos consuela ser un poco cirineos, porque no le podemos quitar su cruz. A veces, asumir la indigencia de ser tan poca cosa es difícil para el orgullo humano. Mis padres rezan cada tarde el rosario, y mamá recita misterios y letanía sin dejarse ni una sola jaculatoria olvidada. Viejos cristianos, sin presumir de ello, jamás lo han hecho. Rezan con la fe de quienes esperan resucitar en la Pascua Florida, sin asomo de duda y sin otro misterio de teologías, no lo han necesitado. Quisiera ser así, no dudar ni pensar que la fe en Cristo Jesús, el Señor del amor, es sencilla como esa creencia que no ha dejado de crecer con los años.

Lo hermoso de esta tristeza es tenerlos en medio de la familia, como tienen los árboles los nidos sujetos a sus ramas sin hojas, sin caerse, esperando que al llegar la primavera

MICOLUMNA

Casos y Cosas

José Luis Albiñana

LA SEÑALIZACIÓN DE LOS TANATORIOS SIN LLEGAR. La verdad que es raro que pase un día, sin que alguna persona nos aborde en la calle, rogándonos que insistamos en la colocación de la correspondiente señalización de los tanatorios. En fin, la queja siempre es la misma: “el otro día vinieron los familiares a un entierro y se volvieron locos buscando los tanatorios”. Ponemos en duda que la Dirección General de Carretera o como se llame, se oponga a la implantación de esas señalizaciones que se piden, cuando luego va uno por la carretera y lee señales de risa: “Casa de la tía Juana... Los Tinajeros” y un larguísimo etc.

Hay cientos y cientos de señales al borde de las carreteras que alguien ha tenido que autorizar y nosotros nos preguntamos: “¿qué trámites o peticiones hay que hacer para que permitan colocar dos señales con la leyenda: Tanatorios con una flecheja?”.

LOS EXCREMENTOS DE LOS PERROS. Los vecinos, industrias, talleres y ciudadanos en general se quejan con muchísima razón de que TODOS los días los paseos del Cementerio o de la calle Campo, aparezcan plagados de excrementos caninos, no utilizando la tierra que existe entre los paseos y las aceras. Si los propietarios de los perros se EMPEÑAN en no recoger los excrementos —algunos de enorme volumen— ¡vaya culo!, al menos, que los servicios de limpieza vial dediquen un par de días a la limpieza del citado paseo, que la verdad, y lo hemos comprobado, presenta un aspecto de auténtico ASCO.

Los municipios deben tener en cuenta, en este caso, que por estos Paseos y alrededores circulan muchas personas y existen viviendas, industrias y talleres con el correspondiente personal.

NECESARIA SEÑALIZACIÓN. La recientemente reformada calle don Eliseo Ramírez que, por cierto, contra la voluntad de algunos, ha quedado preciosa, se está produciendo un hecho que podría acarrear algunos accidentes. Algunos automovilistas pisan el acelerador, provocando un evidente peligro (algunos hasta se llevan bolardos), que por cierto todos, los once ya se han repuesto en su sitio. Pero, a lo que íbamos, los automovilistas que pisan el acelerador deben saber que no deben circular a más de 20 kilómetros. Buena sería la colocación de un par de señales que dijeran: “Velocidad moderada”, ¿Las respetarían?

ESQUELAS MORTUORIAS SIN DIRECCIÓN DEL FINADO. Están lloviendo a la Columna sugerencias de los ciudadanos sobre el problema suscitado por los “cacos” que aprovechando el fallecimiento de alguna persona y que sus dueños están en el tanatorio, en cualquier momento desvalijan la casa mortuoria.

Por nuestra parte desconocemos el número de casas que han sufrido robos, pero los ciudadanos están alarmados por los daños que los “cacos” producen. Primero, se cuelan en el domicilio del finado y se llevan todo lo que tenga valor, dejan todo tirado por el suelo, cerradura rota, etc, etc. Segundo, y también es importante, al no figurar en la esquila mortuoria (hay días que se contabilizan hasta cinco) el domicilio de los fallecidos, muchas personas, al no ser muy allegados, desconocen quién ha desaparecido.

Visto lo visto, bueno sería, y de paso crearía algunos puestos eventuales de trabajo, establecer un servicio a domicilio durante 24 horas sufragados los gastos por los propietarios de las casas y que fueran las compañías de decesos, las que aumentarían una cláusula al respecto, ya que, sobre todo, en las grandes capitales y pueblos importantes se están produciendo esta clase de lamentables robos, y muchos familiares no se ven acompañados de sus amistades, porque ignoran si éste o aquel ha fallecido.

Será cosa de estudiar este asunto. Existe vigilancia privada en los grandes almacenes, talleres, fábricas, casas de campo, ¿y por qué no establecer un servicio de 24 horas en la casa de un fallecido para que cuando sus familiares vuelvan no les hayan robado nada?